

BIBLIOTECA PÚBLICA
MUNICIPAL

11

ELDA (Alicante)

dahellos



La
LEYENDA
del
ALCAZAR

por CAROLA GONZALVEZ



TAMBIEN nuestro Alcázar tiene una leyenda apenas conocida, enredada como jirón de niebla en sus fantasmales torres; los amores de una reina con un hermoso mancebo.

Quizá fuera la única vez que floreció el amor en su corazón, pero a su influencia el carácter de la reina se dulcificó, mostrándose a menudo bondadosa y clemente.

PTS. Tenía el mancebo los ojos verdes como campos de césped bañados por

el sol; la tez, bronceada; el cabello, pardo; talle esbelto y figura romántica y señorial. Cuentan que la reina iba a visitarlo por un camino secreto, un pasadizo que comunicaba el Alcázar con la heredad, y los amantes paseaban juntos en las claras noches veraniegas por el frondoso huerto. Y en los atardeceres invernales en que las grises pestañas del crepúsculo se cierran sobre el último reflejo luminoso de los montes de Kamara, subía él al castillo y en un retirado

aposento, alumbrado tan sólo por la luz del ocaso, veían, con las manos entrelazadas, perderse en la lejanía la cinta color de rosa que lleva en sus cabellos la tarde.

Mas, satisfecha su vanidad, comenzaron a espaciarse las visitas del falso enamorado y en esas vanas, interminables, esperas, en las que los minutos son como agujones invisibles que van atravesando el alma, la reina aprendió a conocer todas las voces del silencio: el himno de los cielos rociados de estrellas, el apagado sollozo de las aguas del río, los siseos del aire... Allí, sola y triste, vió transcurrir las horas y los días sin que el ruido de aquellos pasos tan conocidos volvieran a despertar los ecos de los oscuros corredores, haciéndola transfigurarse de gozo.

Fué al abrirse de una noche

pálida cuando supo confirmada la traición. La luna había dejado en el río sus manos blancas como inmensos jazmines flotando en la corriente, pero sus ojos —leves sombras en su cara de muerta— lanzaban su mirada hasta el aposento, ultrajando con un golpe de luz el rostro humedecido por las lágrimas.

Como un trozo de río brillaba el puñal, asido por aquellas manos que fueron como palomas enamoradas... Como una estrella cayó, saltando sobre las losas, y quedó inmóvil, prisionero de un círculo plateado.

Los sollozos de las aguas del río fueron aquella noche blanca eco de la pena de una mujer, que, en aras de aquella pasión sublime florecida en su pecho, supo perdonar.

Y en la mañana otoñal transida de escalofríos, se alejó el cortejo de la Reina herida de amor.

Comentario al programa de Moros y Cristianos - 1951

CREEMOS necesaria una observación sobre la secular despreocupación con que los eldenses nos lanzamos a escribir la historia de Elda. «Saludo» del citado programa actualiza este lamentable tema. Es tradicional ya que todo el que quiere escribir «alguna cosita» sobre la historia eldense, acuda a una errata local en la que venga otra crónica pseudo histórica, copie sus datos sin molestarse en más y los publique tranquilamente. Más tarde viene otro señor, copia los datos de éste y así se va haciendo la historia. En este «Saludo» ha ocurrido lo mismo. ¿Sabe quien esto ha escrito si son ciertos los datos que da? ¿Le consta que fué Jaime I quien «emplazó la cruz en esta tierra»? ¿Fué de verdad seis siglos más tarde del año 713? ¿Es cierta esta fecha de la llegada de los musulmanes? No creo que el autor de estas líneas pueda responder a estas preguntas, ya que a la simple lectura se advierte que los tales datos son extraídos de otros artículos análogos. No vamos, pecando de soberbia, a pretender que todo esto lo sabemos de corrido. No queremos hacer comulgar a nadie con nuestra infalibilidad, pero hemos dedicado mucho tiempo al estudio de los temas históricos eldenses y sabemos positivamente que todo eso es falso.

Creemos es hora que arabe ya esa orgía irresponsable con los capítulos venerables de nuestra historia.

A. N.

BIBLIOTECA



PAGINA ESPECIAL DE LA
BIBLIOTECA PUBLICA

COMO oportunamente se difundió por radio y prensa, Elda ha dado un paso más hacia la consecución de esta importante obra con la constitución, el día 8 de Junio, de la Junta Rectora de la B. P. M. compuesta de la siguiente forma:
PRESIDENTE: D. Maximiliano Aguado Bernabé
VICEPRESIDENTE: D. José Sedano Serna.
TESORERO: D. Antonio Tamayo Maestre.
SECRETARIO: D. Alberto Navarro Pastor.
BIBLIOTECARIO: D. Joaquín Campos Fernández.
VOCALES: D. Antonio Porpeta Clérigo.
D. Federico Jover Cerdá.
D. José María Pons García, Pbro.
D. Juan Mudrona Ibáñez.

Agradecemos a nuestro amigo y colaborador Valero sus elogiosas frases para DAHELLOS en sus crónicas de radio y prensa, pero creemos justo hacer constar que de nada hubiera servido nuestra entusiasta campaña pro-Biblioteca si no hubiera hallado enseguida una calorosa acogida en el Palacio Municipal. Sin el apoyo total que nuestro Alcalde, D. José Martínez González, prestó a nuestra solicitud en cuanto le fué presentada, y la valiosa y amable cooperación del Secretario D. Fernando Gil, nuestros esfuerzos se hubieran perdido en ese vacío desolador en el que mueren tantas nobles iniciativas. Debemos felicitarlos de la oportunidad de esta acción que ha permitido una rápida consolidación de la idea.

Hemos de registrar un claro exponente del interés que esta Institución ha despertado en Elda. Desde nuestros primeros trabajos nos fueron ofrecidos, espontáneamente, importantes donativos de libros. Aunque la base de la Biblioteca no han de ser los donativos, sino las aportaciones estatales y municipales, éstos constituyen una importantísima cifra anual de incremento del fondo cuyo valor es muy estimable. Con el fin de estimularlos, publicamos en esta página los donativos recibidos:

De D. Felipe Mateu Llopis, Director de la Biblioteca Central de Barcelona: *ANUARIO 1947 DE BIBLIOTECAS*.

De Alberto Navarro: *Shakespeare, HAMLET*; D. de Arrese, *PROFECIAS DE LA MADRE RAFOLS*; Valle Inclán, *CLAVES LIRICAS*; J. Capilla, *EL PAISAJE ALICANTINO*.

De D. Rafael Romero Ródenas: *NOTICIAS LITERARIAS DE SEMPERE Y GUARINOS*; Castelar, *RECUERDOS DE ELDA*.

De Manuel Vicedo: *Vicki Brown, EL OCASO DE LAS ESTRELLAS*; Morley, *KETTY FOYLE*; Zayas, *NOVELAS EJEMPLARES*; Nerval, *SILVIA Y AURELIA*; Hlond, *ATROCIDADES EN POLONIA*; Concha Espina, *MUJERES DEL QUIJOTE*; Rasso, *EL MUNDO POLITICO DE CARLOS V*; A. M. Mateo, *RELIGION Y MILICIA*; José Francés, *JUDITH*.

En cuadernos sucesivos iremos publicando los donativos que reciba la Junta Rectora.

Olivos de mi tierra

A D. Juan Madrona



Olivos de mi tierra redondos y enlutados
abriendo hacia el Azul vuestros místicos vasos.

Bendiciones vivientes cuajadas en silencios;
oraciones dormidas en los brazos del Tiempo.

Vuestras ramas platean deleites del Estio,
donde el sol cristaliza sus ósculos divinos...

Y se abren como brazos en fraternales gestos
brindando beatitud al cuitado viajero...

Olivares envueltos en sudarios de luna
felices de ocultar la inocente ternura

de los ruidos dormidos —armonía latente—
y sentir el Misterio de la entraña de aceite...

Vosotros sois mi infancia en la vejez del mundo,
¡oh, días apretados de emoción en tumulto!

Si el abuelo narraba el drama de su vida
entre olivos vernáculos mi mente lo veía.

Si la Pasión, la abuela, empezaba a narrar
os veía entre inocentes humos de Amor y de Paz.

Yendo a Jerusalén —¡oh, saudosa emoción!—
unidos con las palmas, simbolizando Amor.

Y en el Huerto sedante donde oró Jesucristo,
llorando silenciosos... ¡Oh, místicos olivos

cargados de añoranzas y nimbados de paz!

Vosotros sois mi cuna, mis ensueños, mi altar...

FRANCISCO MOLLA

ROTACION DEL JARDIN INVOLADO



*S*OBRE el verde
sucio del estan-
que cantaba el hilillo
tenue del surtidor una
canción infantil, a cuyo
ritmo ajustaban su sua-

ve vagabundeo los policromados peces impasibles; y la paradoja de su canto de cristal —tiernos arpegios en los fauces de un ridículo fétido reumático— fué trazando la polifonía de cuatro estrofas unánimes.

PRIMAVERA.—Se ha hecho taumalúrgica la bronceada elocuencia de Castelar. Olímpico en lo alto de su pétreo tribuna, va arengando a los femeniles ejércitos alineados en la inocente geometría del jardín donjuanesco; y su verbo astral arranca una explosión de flores en los parterres y un susurro de amor en cada uno de los rincones acogedores. Se esponjan las palmeras en el gozo de la inminente fecundidad; y los pensativos pinos taciturnos segregan las vivas cadenas de sus procesionarias en un rito de selvática emoción.

ESTIO.—El cristal verdoso del estanque va copiando la batalla infantil de las libélulas atolondradas, que, como lanzaderas automáticas, van entretejiendo una gasa invisible para cubrir la carne sudada y verdeante del jardín en somnolencia. El Sol pasa su esponja de sueño bajo los árboles grávidos de sombra y de quietud. Y en la noche espumosa y sabática una inquietante fiebre estremece la epidermis joven del vergel, que enloquece en orgía de perfumes y de ritmos, de palabras melosas y de deseos desalados. Luego, con la nueva alborada, el jardín solitario llora sobre las hojas tiernas las lágrimas falsas de su falso arrepentimiento, y se santigua con la primera brisa mañanera.

OTOÑO.—Silencioso, como un enterrador sobre prados de asfódelos, el jardinero va barriendo amorios secos y cascoles de lunas que se rompieron, eufóricas, en las sonoras noches veraniegas. La rosa de los vientos se desmelenaba enloquecida sobre la triple escalinata jardinicia; y el viejo Castelar, con su mano en alto, pretende en vano traer a concierto la danza convulsiva de los ramajes desmandados. En la dolorida desnudez de los horizontes, las montañas vecinas parece que aupan el sarcasmo de sus crestas melladas, burlándose del jardincillo galán, tan enojado en los días abribeños y tan olvidado en la derrota inexorable de sus varillajes.

INVIERNO.—Fugaces y límidas horas soleadas. En el rincón más acogedor tres ruinas humanas, más de dos siglos de recuerdos, beben azucarillo de sol en la ancha copa del mediodía. Cada mañana el aullido de las sirenas despierta a los rosales aterrados en su desnudez; y el rápido taconeo de las chicas que van a su quehacer cotidiano es el único culebreo de gozo juvenil sobre la piel oscurecida del jardín amargado de olvidos. Allá lejos, como un grito de plata en la noche cristalina, se oye el silbido victorioso del tren. El aprendiz de león, sobre el estanque solitario, filosofa recordando ascetismos de un kempis atávico: «Vuidad de vanidades y todo vanidad».

CODA.—Jardín castelarino, traspasado de lunas y ahito de horizontes, con las rojas cátedras de sus bancos, en las que van bebiendo inolvidables lecciones de gaya ciencia los asiduos alumnos en un encantador régimen de arbitraria coeducación, mientras el hilillo del surtidor desgrana lentamente las cuatro estrofas de su ronda...

Una mañana, en que las calles vecinas estaban más guapas que nunca y el jardín cumplía sus 19 años, estalló su corazón en un empuje de juventud, y brotó a flor de piel, irguiéndose como una blanca flor de columnarios pistilos dóricos, cuyo perfume se hace ritmo musical en el sortilegio de las noches estivales.

JUAN MADRONA

por ALBERTO NAVARRO

EN esta «Galería de Figuras Ilustres de Elda» no podía faltar la figura señera del pasado siglo, del gran hombre reconocido universalmente como maestro de la oratoria y cuyo nombre suena todos los días, a todas horas, en nuestra ciudad.

Aunque nacido en aguas de Cádiz, el día 7 de Septiembre de 1832, Castelar abrió su mente a la razón en nuestra villa. Criado en la desgracia por la pérdida de su padre y el desamparo de su madre, fué educado con tesón de cumplir el deseo paternal de que destacara en las letras y las ciencias. Para ello, su madre, D.^a María Antonia Ripoll, le hacía leer horas y horas los libros de la biblioteca paterna, salvada del naufragio de su vida por la decisión de que sirvieran al pequeño Emilio.

Este no habitó muchos años nuestras tierras. En 1845 pasó al Instituto de Alicante, donde ya destacó por su intensa vocación literaria que maravilla a sus profesores. Tres años después marchó a Madrid donde debía estallar, en un estruendo de vocaciones, aclamaciones y aplausos, aquella fuerza intelectual que se estaba incubando entre libros, estudios y escritos. Para costearse los estudios publicó en 1849 un periodiquito cuyas ideas causaron la admiración de revelantes personalidades. Su revelación nacional como orador fué en el año 1854, a los 22 años de edad, con un discurso entusiásticamente aplaudido y destacado por la Prensa de todos los matices que le proclamó el mejor orador de su tiempo. Así comenzó su carrera política que le llevaría a la Presidencia de la República de 1873.

Pero entre el brillo de sus triunfos, Castelar no olvidó a su pueblo, su valle, donde desarrolló sus juegos infantiles y donde comenzó a abismarse en la gruta maravillosa de la Literatura y la Historia a través de la modesta escuela pueblerina. Buena maestra de este amor son las estrofas de sus «Recuerdos de Elda o las fiestas de mi pueblo», publicadas en «La Ilustración Española y Americana» y otros trabajos en los que vertió el cariño que rebosaba su corazón.

Diferencias políticas divorciaron a Castelar de su pueblo en los últimos años de su vida. Uno antes de su muerte, pasó por Elda por última vez. ¡Con qué profunda emoción miraría los venerables muros del antiguo Convento de Franciscanos, los sillares dorados de la Iglesia, el altar mayor refulgente de lucecitas, el rústico cementerio en el que reposaban sus seres queridos, los campos ubérrimos en los que él jugara de niño! Pocos meses después, el 25 de Mayo de 1899 moría en San Pedro de Pinatar (Murcia). Su cuerpo fué enterrado en la Sacramental de San Isidro de Madrid.

Su íntimo deseo expresado en sus «Recuerdos» no fué cumplido. «Si la muerte no nos visita antes y nos lleva en sus alas a otro mundo, dentro de algunos años, cuando la vejez haya apagado la voz en mi garganta, la luz en mi inteligencia, el calor en mi corazón, volveré a pedir mi último hogar a esta tierra sacratísima donde he tenido el primero...»

Pero Elda guarda amorosamente, si no sus restos mortales, sí su memoria preclara, orgullo de España y de nuestro pueblo.



Romance de los Moriscos

Los moriscos ya se van;
paróse el reloj de Elda
inmóvil en triste hora
de angustias y de anatema.

Por las faldas de Baleig
los moriscos dejan Elda,
y a sus llantos y suspiros
un coro de viejas piedras,
de huertos y aguas dolientes,
con sus lágrimas contesta.

Los soldados de Coloma
—gente de amor y de guerra—
dan prisas a los moriscos
porque andar mucho les cuesta
y paso a paso se vuelven
a despedir a su Elda.

Un viejo aljama gemía:
—¡Adiós, valle; adiós, Elda!
¡Malhaya quien con la espada
de tus entrañas me aleja!
¡Adiós, azules montañas
nunca dejaros creyera;
nunca pensé que la muerte
me hallara en lejana tierra!
¡Dejar este Valle hermoso
donde un día yo naciera
entre cantares del agua

y perfumes de la vega!
¡Dejar el templo sagrado
que son las tumbas que encierran
padres; esposa e hijos,
cuanto más amé en la tierra!
Alta Peña del Enebro
que riste nuestras faenas
y el amor con que, afanosos,
guiando la dura estera
hicimos fértil la roca
y nos rindió su cosecha,
y al valle dimos en gracia
de esmeralda una cenefa:
¿Cómo no romitas truenos,
y lanzas tus rocas negras
en gesto airado que ahuyente
la inhumana soldadesca?

¡Aprisa, moros, aprisa,
que os esperan las guleras!

Calla el Aljama y suspira
mira una vez más a Elda
y dobla la alta cumbre
casi ahogándose de pena.

Los moriscos ya se van
¡quedóse sin vida Elda!



Misa de Alba...



*El templo: un silencio esférico
festoneado de toses...*

*Se despertaron los gallos
y se han dormido las torres.*

*Por las vidrieras pintadas
entra una luz de relojes:
van creciendo los objetos
y las tinieblas se encogen...*

*Pasan lentas las siluetas:
—¿son almas, cosas u hombres?—*

*Un sacristán soñoliento
enciende cirios y flores:
fuera, la campana chica
dice al aire el postrer toque.*

*Chocan rodillas en tierra,
sube un vaho de oraciones...*

*Tras un monago travieso
entra el viejo sacerdote,
sube al altar, abre el Libro...*

Empieza la Misa: «In nomine...»



¡Por dos reales!

—Pero, ¿me quieres decir qué es lo que pasa, Torcuato, que te das esas carreras noche tras noche «p'abajo» con tu mujer y tu suegra, con tu tía y tu cuñado, tu caterva de chavales, y hasta te llevas al gato?

¿Qué malos diablos te llevan o qué mosca te ha picado, para que todas las noches camines desesperado, masticando de la cena los dos últimos bocados?

—La explicación es sencilla, pero corre aquí a mi lado, que no quiero entrar al cine después de haber comenzado.

¡Tenemos cine a dos reales!

¡Ni lo hubiéramos soñado!

Y no me pierdo esta ganga aunque vaya de prestado.

Cuatro pesetas y un duro hemos estado pagando todo el invierno maldito por tragarnos cualquier «clavo».

¡Y ahora lo han puesto a dos reales!

Haz cálculos de gitano:

Con dos reales no te compras ni un «puñao» de «mesciao»

pero sí puedes tener siete Gildas, ocho Garbos, cuatro Avas, tres Belindas y ver al «gordo» y al «flaco»... ¡Pedir más por dos reales ya sería demasiado!

—Y dime, ¿qué «cinta» hacen, que ya me siento animado?

—¿Qué me importa a mí lo que hagan?

¡Todo es bueno si es barato; y caballo por dos reales no le mires el bocado!

Sean de amor o de miedo de locos o de atontados, de historias o de aventuras, hasta el más terrible «clavo» por dos reales cochinos bien a gusto me lo trago.

Por eso noche tras noche salgo corriendo «p'abajo» con mi mujer y mi suegra, con mi tía y mi cuñado, mi caterva de chavales y a veces me llevo al gato; que estando el cine a dos reales no vamos a despreciarlo.

ELDENSES POPULARES

(Conclusión)

por EDUARDO GRAS

«*El tío Barrachina*» fué, en cierto modo, la antítesis del «tío Isidro». Este último simbolizaba el comercio antiguo, sedentario, profuso y difuso, al estílo de los viejos bazares en los que todo se vendía. Nada de anunciarse ni llamar al posible comprador: su lema parecía ser aquella frase de Cristo: «*Dejad que los niños —es decir, los clientes— se acerquen a mí.*» Barrachina, por el contrario, personificaba el comercio moderno, saturado de publicidad y estrepitoso en su propaganda, móvil y ligero, que parecía haber hecho suyas las palabras de Mahoma: «*Si la montaña no viene a nosotros, vayamos nosotros a la montaña.*» Además, en contraposición a la heterogeneidad de mercancías del «tío Isidro», Barrachina había consagrado toda su vida mercantil a un sólo producto comestible: sus famosas «*habas calenticas*», las «*fabetes*» como él las llamaba en el dialecto valenciano, que usaba corrientemente.

No era muy viejo en la época que yo le conocí, pues apenas si tendría cuarenta años, pero su rostro aparentaba algunos más y denunciaba su exagerada afición a las bebidas alcohólicas.

Su establecimiento consistía en una carretilla chirriante sobre la que —debidamente sujeta— transportaba una grande, descomunal olla de porcelana, que almacenaba las humeantes habas.

Empujando su carretilla, allá iba nuestro hombre por calles y plazas, pregonando en alta voz su mercancía, siempre locuaz, siempre alegre y dicharachero, con sus frecuentes salidas de tono, tal vez producto de sus repetidas libaciones «*mastosas*».

Para dar más relieve a su pregón, lo acompañaba con las notas de una «*charamila*» que soplabá con bastante habilidad, y que en los festejos de ag

pu b'los vecinos constituía para él una segunda y saneada fuente de ingresos líquidos

Sus localas anunciaban a todo el vecindario la llegada del popular vendedor, y un nublado de chiquillos iba siempre tras él, coreándole con sus berridos.

Sobre la carretilla, había una tabla verticalmente clavada, en la que anónimo artista (¿araso él mismo?) había escrito, con adornados caracteres, la letra del famoso pregón cantado, que, si mal no recuerdo, decía así (y que perdone la ortografía valenciana):

«Els fabets de barrachina - son una especialitat - sense prendre l'aspirina - quiten el dolor del cap. - El cald done de baes - lo mateix es el papé - No mes cobre que les fabes - més barat ya no pot sé.»

Agrupaba a los chiquillos que le seguían, y empuñando una vara, dirigía con estrafalarios ademanes el improvisado orfeón, corrigiéndoles una y otra vez las notas desafinadas, como si tomara muy en serio su papel de director. Y electrizados por su simpatía, ¡con qué gusto y entusiasmo emitían los arrapiezcos aquellos tremendos bramidos desacordes!

Ya no cabrían, en nuestra Elda de hoy, tales figuras folklóricas. Conforme van pasando los años, quedan cada vez más lejanos en el recuerdo, y es muy fácil que muchos de los chiquillos de entonces los hayan olvidado casi por completo. De mí sé decir que he tenido que hacer un verdadero esfuerzo de memoria para sacar a la luz los detalles que dejo expuestos.

Pero no me arrepiento de haberme tomado este pequeño trabajo. Al ir recordando, he vuelto a vivir días que yacían sepultados en el abismo del olvido, y he sonreído más de una vez al acudir a mi mente su recuerdo. De forma que lo empecé como trabajo, hasta cierto punto fastidioso, se ha transformado en deleitoso entretenimiento.

¡El «tio Isidro» y «Barrachina»! ¡Quién pudiera volver a vivir aquellos días...!



Mirando al CID

Peña del Cid, peña brava
como un castillo fantástico
que irguieran hosclos titanes
en riscos hipnotizados.

Mitra soberbia en las sienes
de un jerarca milenario
que oficia misa de siglos
en un altar sin ocasos.

Peña del Cid, mole altiva,
suspiro de un moro enfático,
baladronada hecha piedra
sobre el pavor de los campos.

Señor feudal de caminos,
que van al mar pregonando
mirovolantes leyendas
de aceros aurisolados.

Cuando pacienco horizontes
miro tu busto esquinado,
me hiere tu empuje impío,
me obsede tu orgullo atávico,
y esa tu pose insolente,
y ese tu gesto hierático,
que hace temeroso al viento
y hace esquivos a los campos.

Faraón de lejanías,
sultán de abiertos serrallos,
—albo turbante de nubes,
moreno alquicel sahumado,
cien virginales tahullas
y cien efébeos rogatos
siempre bordando preludios
de tiernos epitalamios.—

Peñón del Cid, grito en piedra
que hiendes cielos extáticos,
cual si en tu cresta gritara
la conciencia de los campos.

Peñón del Cid, ¿no te incita,
no te enciende como un rayo
la turbadora presencia
de la Sierra del Caballo?

¿Cuándo harás la cabalgada
que el valle está reclamando?
¿Cuándo embrazará la lanza
de Palas tu ingente brazo?

Hay en el valle suspiros
de un largo anhelo insaciado.
¿Cuándo florecen tus barbas
entre líricos espasmos?

¡Peñón del Cid, echa al viento
tus espuelas, levantando
polvareda de romances
al trote de tu caballo!

VIDA LOCAL



ACTIVIDADES LITERARIAS.—Probablemente en este mes de Julio dará una conferencia literaria en el Casino Eldense el brillante escritor monovero José Alfonso sobre el tema «Un anecdotario de escritores». El sector culto de la población eldense está enhorabuena por la ocasión que tiene de escuchar la charla que tan aplaudida fué en el Ateneo de Madrid en fecha reciente.

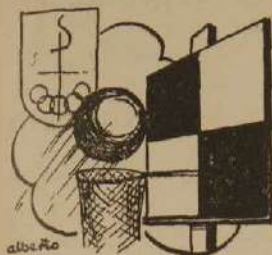
El día 1.º de Julio tuvo lugar el VI Concurso del «Grupo literario DAHELLOS», obteniendo el primer premio «Milagro de luz» de Rodolfo Guarinos, y el segundo, «Cuento rosa» de Eduardo Gras, que serán publicados en sucesivos Cuadernos. Este «Grupo literario» tiene convocado el II Certamen de Poesía, de tema libre.

NUESTRAS FIESTAS PRIMAVERALES.—Con gran brillantez se celebraron las fiestas de Moros y Cristianos, que tuvieron inusitado esplendor, gracias al celo y entusiasmo de la Junta Central. Diversas innovaciones hemos presenciado, destacando la instalación de altavoces para lograr una perfecta audición de las embajadas. Vemos, por el contrario, que sigue el incumplimiento del horario previsto para desfiles y otros actos, demostrando las comparsas, con ello, una falta de disciplina. ¿No sería posible que en bien de la Fiesta y de los miles de forasteros que durante ella nos honran, se solucione esta cuestión a partir del próximo año? Creemos que no ha de ser difícil, aunque haya de obrarse con un poco de dureza, sancionando a aquellas comparsas que no cumplan lo dispuesta en este sentido.

HERMANDAD DE LABRADORES.—Por esta Hermandad se ha adquirido en propiedad unos pozos de agua destinados al riego de nuestra huerta, realizándose los primeros trabajos. Una noción de la importancia de los mismos y de lo que supondrá para nuestras sedientas tierras, la da el que de dichos pozos podrán extraerse más de 400 litros por segundo en plazo no lejano. Se han realizado obras de una canal que llevará las aguas al de riegos de Novelda, y éste a su vez las trasvasará, a su paso por nuestra ciudad, al que ha de distribuir la a nuestro campo. Para dar conocimiento de estas obras a los afiliados se celebró una asamblea en la que expuso cuantos datos correspondían a los trabajos realizados el ingeniero agrónomo de la Obra Sindical de Colonización, camarada José Leno Valencia.

DEPORTES.—Si desastrosa fué la actuación del C. D. Eldense en la última competición de la III División, peor camino lleva en la actual de permanencia en la que no ha podido ganar más que cuatro puntos, y éstos encasa. El descenso de categoría es seguro y con él se derrumban 30 años de gloriosa historia deportiva de un club cargado de laureles. En cambio, la U. D. Eldense está realizando una meritoria campaña en el torneo provincial Copa San Pedro, habiendo llegado a las semifinales, después de magníficas victorias frente a potentes rivales.

PAGINA DE LA O. A. R.
Exhibiciones Diocesanas de la O. A. R. en Elda



ES de alabar la pujanza del movimiento oarista en la Diócesis de Orihuela, que ha permitido realizar estas magníficas Exhibiciones Deportivas en Elda, ciudad fundadora de esta Obra en la Diócesis y que ha sido espléndido marco para todos los actos celebrados. Han participado en ellos, jóvenes de la O. A. R. de Alicante, Agost, Crevillente y Petrel, junto con los nuestros.

Las Exhibiciones se desarrollaron en dos jornadas, la primera de las cuales dió los finalistas en las distintas modalidades deportivas. Las finales fueron muy reñidas y emocionantes, jugándose de la siguiente forma:

FUTBOL.—Elda vence a la Congregación Mariana de Alicante por 5 a 2, clasificándose Campeón de Futbol de la Diócesis.

BALONCESTO.—En un encuentro de máxima rivalidad entre Petrel y Elda, obtuvo el triunfo éste último por 60-24, ganando el Campeonato nuestra ciudad.

TENNIS.—(Individuales) R. Oliva (H.H. Maristas, de Alicante) vence a Francisco Mira (San José, de Carolinas) por 6-3, 6-0. Por parejas R. Oliva y Redondo vencen a Hermanos Mira por 6-4 y 6-3, todos ellos de Alicante.

AJEDREZ.—Sempere, de Elda vence a Carrascosa (H.H. Maristas, de Alicante). Es de significar el buen juego del joven eldense que cuenta en su haber con una victoria sobre el famoso Pomar, única que perdió este Campeón en unas simultáneas de 20 tableros.

TENIS DE MESA.—Por incomparecencia de Crevillente quedó sin resolverse este Trofeo.

Como acto de clausura se procedió en el Salón de Actos de la A. C. Masculina a la entrega de Trofeos, que fué presidida por el Sr. Cura Párroco D. José M. Amat. D. Julio Fernández, Presidente de la Comisión Diocesana, dirigió unas breves palabras a los participantes en esta I Exhibición citándoles para representar a nuestra Diócesis en las III Exhibiciones Nacionales, en Barcelona. El Presidente de la O. A. R. de Elda, Sr. Amat, les habló de los sacrificios llevados a cabo por todos los Centros oaristas que habrán de ser todavía mayores si se quiere conseguir más amplitud deportiva.

Finalmente el Sr. Cura Párroco resumió la jornada, felicitando a los participantes y pidiéndoles que entre esas actividades deportivas que desarrollan su cuerpo no se olviden de hacer lo propio con sus almas y piensen que todo ello es el medio, no el fin de nuestra gran misión. Acto seguido el Sr. Cura procedió a entregar los trofeos a los vencedores, en medio del alborozo y aplausos de todos los asistentes.

NOS lo dijeron; y como conocemos bien a nuestro pueblo, no pusimos en duda la noticia. ¿Qué idea, qué proyecto de diversión popular no ha encontrado en Elda el calor suficiente para llegar a su realización, siquiera haya sido ésta efímera y precaria?

Fuimos a ver las fallas. Y hubo en nuestra visita varias cosas que pulsaron gratamente las cuerdas de nuestra sensibilidad.

Ya sabemos que una falla se compone de tres elementos: la agudeza del ingenio levantino, que cuaja en una crítica humorística, más o menos benévola, de una faceta de nuestras gracias o desgracias; el arte, que se pone al servicio gentil de esa idea; y el público, que con sus comentarios y aquiescencias pone sobre la obra artística el barniz de la consagración. Pues bien. En nuestras fallas no faltaba lo principal: esa agudeza irónica, que es el nervio de la falla. La que se levantó en la Fraternidad, poniendo en la picota de lo tragicómico el problema de la vivienda, era en su sentido espiritual una perfecta falla. Unidad de concepción, armonía de disposición, salacidad y gracia. Hasta tuvo el detalle picaresco del ninot al que las vecinas reconocen y al que los chiquillos dedican sus risas más abiertas.

De su parte artística no vamos a decir que era una maravilla; pero sí que merecía sinceros elogios, atendida la escasez de recursos con que se llevó a cabo y la nula preparación técnica de los realizadores.

La otra falla, la de la calle del Trinquete, era más lograda en su realización, pero menos artística en su idea, ya que ni siquiera guardaba la unidad de tema, que es esencial en toda obra de arte.

Y en cuanto al público, es muy satisfactorio recordar que en los alrededores de las fallas durante toda la noche sanjuanera hubo un incesante hervir de alborozadas sonrisas constantemente renovadas.

¿Arraigará en Elda la bella costumbre de las fallas? Acaso no; porque la proximidad de la capital oscurece de antemano nuestro posible brillo fallero. Pero si tenemos en cuenta que, por las incomodidades inevitables, cada año son menos las personas de la localidad que se desplazan a Alicante, y si auscultamos los deseos del pueblo, no será ilógico augurar en nuestra ciudad una próxima etapa espléndida para esta hermosa fiesta de la gracia, del arte y del folklore alicantino.

A ver si el próximo año los vecinos del Progreso son capaces de chafarles la guitarra a los de la Fraternidad, levantando un hermoso monumento fallero en el anchuroso espacio que hay entre el Jardín de Castelar y la Plaza de Abastos. La idea ya está lanzada. Y como primera colaboración sabemos que nuestro Duende del Monastil se brinda a escribir el acostumbrado «libret» de la falla.